



CHINA,
EL PODER DE LA HISTORIA

Enrique Posada Cano

CHINA,
EL PODER DE LA HISTORIA



Primera edición: abril de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrique Posada Cano

© Ilustración de portada: Elvia de Posada

Los girasoles en la portada de este libro constituyen la metáfora del presidente Mao Zedong como el sol hacia el cual giraban las miradas de todo mundo.

© Fotografía de autor: Claudia Rubio

ISBN: 978-84-10253-46-9

ISBN digital: 978-84-10253-47-6

Depósito legal: M-10463-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro va dedicado a mis hijos Fernando,
Carlos Mario y Leonardo y a mis nietos Juliana,
Camilo, Francisca, Gabriela y Manuela,
con todo el amor que puede caber en mí*

AGRADECIMIENTOS A:

Leonardo Posada, por sus contribuciones en el terreno de la sinología, memoria de la época vivida en común y transcripción del chino al *pinyin*.

Fernando Molina, por su aporte a la concepción de la portada.

Juan Andrés Ferrero, por sus acotaciones al texto en su calidad de primer lector.

Angela Lasagna, por su cuidadosa y ardua organización de las notas.

José Choachi, por su aporte al arreglo de la foto mediante Photoshop.

UNO

—¿Quieres que te lea el *I-ching*¹? —me preguntó mi cuñada Maruja la víspera de mi viaje a China, país al que iba con esposa y dos hijos. Como no respondí, Maruja añadió—: ¿O prefieres permanecer a oscuras sobre lo que te espera en ese otro extremo del planeta llevando a estos tres? —señaló a Natalia y a los dos niños. Sin esperar más, abrió casi en la mitad de sus páginas el *Libro de las mutaciones* en la mesa del comedor, cubierta por un mantel blanco.

—¡Léemelo! No me da miedo —le respondí por fin.

Sobre el hexagrama impreso en la hoja, echó a rodar una moneda que dio varios giros y cayó en sello. Humedeció con la lengua el dedo índice, pasó con rapidez los folios y abrió por fin el tomo en una página que mostraba una línea que describía varios picos como si fuese un electrocardiograma.

—¿Sí ves?

—¿Qué si veo qué, Maruja?

—Lo que estoy viendo yo aquí, cuñado, es tu vida, en una elipse que, arrancando del actual momento, de privaciones, se hace luego horizontal, como si llegara a una llanura, de sosiego, pero luego, ¡ay!, no quiero ver más.

—¡Uyyy!, ¿Qué hay de nuevo en esto, Maruja? ¿No es esa la curva que describe la existencia de toda persona, del nacimiento a la muerte?

1 El *I-Ching* o *Libro de las mutaciones*, que data de hace aproximadamente 3.000 años, es el códice más antiguo de China y uno de los más antiguos de la humanidad. De sus textos procede la dialéctica china conocida como del *yin* y el *yang*. Contiene tanto elementos científicos como de adivinación.

Al día siguiente, con la cabeza como si la hubieran zarandeado, sentí el *jet* de la Canadian Airlines metiéndose por entre los cerros y desgarrando un rebaño de nubes mientras mis ojos seguían pegados al ajedrez verde de la Sabana de Bogotá.

Estábamos a 16 de febrero de 1965 cuando emprendí mi primer viaje a China con una esposa y dos hijos —el menor de tres años, de nueve el mayor—, y me cayó como un rayo la certeza de haber sido escogido por el destino entre las decenas de millones de colombianos para vivir entre los chinos largo tiempo e intentar penetrar en ellos lo más hondo posible.

Nos esperaban veintiséis horas de vuelo físico y cinco escalas, la primera en México, donde *Xinhua*/Agencia de noticias Nueva China, nos daría el dinero suficiente para llegar a Tokio y una carta de presentación para su corresponsal en Hong Kong.

Recorría el largo pasillo del avión en busca de nuestras sillas cuando de pronto descubrí un rostro de inflados carrillos y un cuerpo voluminoso. Era Guillermo Angulo, uno de los más reconocidos fotógrafos de mi país. Me preguntó si me quedaría en México y le dije que sí. Le mentí, como le había mentido a la generalidad de las personas de mi entorno, con la excepción de mis parientes más cercanos. Por puro instinto de conservación, les oculté que iba para la China roja o China comunista, dos apelativos con los que llamaban a esa nación en la Guerra Fría. A quien me pesó no decirle la verdad fue al padre Efraín Gaitán, brazo derecho del cura rebelde Camilo Torres y que, agradecido por mis aportes a su revista de *El voto nacional*, sacó al fiado para mis hijos los pocos atuendos con los cuales tenía la ilusión de que pudieran enfrentar el invierno de China. A una carta que le escribí desde Pekín, revelándole mi verdadero paradero, Gaitán respondió: «siempre he creído que cada cual puede hacer de su capa un sayo».

Tenía miedo de lo que me esperaba en el aeropuerto de México D.F., donde dos años antes, en mi viaje a Cuba, yo había sido reseñado en una oficina que allí tenía la CIA para registrar a todo

aquel que viajaba a la isla. Era en ese entonces el único punto de paso entre Cuba y el resto del mundo. Hice parte entonces de una delegación de colombianos que encabezaba Luis Villar Borda y en La Habana estuve tres horas con el Che Guevara. ¿Me detendrían en el aeropuerto de México? ¿Me impedirían continuar mi camino hacia China? Y en tal caso, ¿qué pasaría con los otros tres miembros de mi tribu? Mis temores se aplacaron cuando salimos del aeropuerto y nos encaminamos hacia un hotelito cercano a la Plaza del Zócalo. Los pasos siguientes que debíamos dar hasta llegar a Pekín constaban en una de las dos cartas que me escribiera la entidad china que me contrataba. Una de ellas era para el corresponsal de *Xinbua* en México, y la otra, más que una carta, era una especie de manual de instrucciones sobre los detalles del itinerario que debíamos recorrer para obtener la visa china y financiar el viaje. Nos daban un teléfono en el Distrito Federal para contactar, en primer lugar, a la presidenta de la Asociación de la Amistad Chino-mexicana, la doctora Virginia Chapa, quien nos presentaría ante el corresponsal de *Xinbua*. Este me entregó una suma en dólares para costear el viaje y una carta dirigida a su homólogo en Hong Kong.

Aprendíamos geografía mientras viajábamos, pasando de la altiplanicie bogotana, que había sido nuestro hogar de toda la vida, a un gélido punto del polo norte, Anchorage, la capital de Alaska, donde debíamos pernoctar para, al día siguiente, cambiar de avión. A los gorros y guantes de lana que Natalia les tejó a los niños para enfrentar el invierno del Extremo Oriente, los penetraba el frío como si fuesen velos. No se me aparta de la memoria la foto de nosotros, cuatro provincianos, en el aeropuerto de Anchorage y, en relieve, el saco a cuadros del menor de nuestros hijos que, aterido, se frotaba las manos. En el aeropuerto había una larga hilera de tiendas para turistas, y en una de ellas nos metimos para volver a sentir nuestras orejas y frotarnos las manos. Nuestra desilusión fue grande, sin embargo, pues no pudimos ver ningún pigmeo envuelto en una capa hecha con piel de oso, y la única impresión certera de que nos

hallábamos a unos metros de los esquimales era que todo objeto que tocábamos despedía un chispero acompañado de un ruido de corto circuito. Gracias a esto, los niños se percataron de que la manera de cargarse de electricidad era frotar con los zapatos las alfombras, y sacándole chispas al piso, se divertieron a pleno gusto.

En los espaldares de las camas del hotel de paso, los niños descubrieron unas ranuras en las que introduje unas cuantas monedas canadienses y, de inmediato, los colchones empezaron a vibrar. Fue una operación de masajes a los que nos entregamos hasta el momento en que, rendidos del cansancio, nos derrumbamos sobre los lechos.

Cuando ocupamos los asientos en el avión que nos llevaría de Anchorage a Tokio, el hijo mayor quedó por fuera de la silla para tres y entonces se acomodó en un asiento lateral junto a un típico latinoamericano de edad mediana.

La certidumbre de que me trasladaba al otro extremo del planeta me cayó como un porrazo en la cabeza cuando el avión hendió con su trompa el Océano Pacífico y no volví a ver la noche, sino el sol; un sol blanco que crecía y que duró tanto que me hizo dudar de si en el Universo existía la noche.

Con un rugido de las turbinas, el *jet* recuperó altura, y con esto, vino el grito de Natalia. Quise abrir la válvula de entrada de aire, pero ella me detuvo y me confesó su temor de que el menor movimiento dentro del aparato pudiera perturbar el vuelo. Sonreí, pero desistí de hacer ningún comentario para no hacerla sonrojar. El compañero de asiento de mi hijo percibió el miedo que se adueñaba de Natalia y le pidió a la azafata servir whisky para los tres.

—No tema —dijo dirigiéndose a mi mujer—, estas sacudidas se producen cuando las corrientes frías se cruzan con las bajas. Es el invierno boreal.

—Entiendo, pero no puedo evitarlo.

—No se preocupe, pues a mí lo que me impide gritar es que soy mexicano: ¡a lo mero macho, pues! Soltó una carcajada.

—¡Ah, mexicano!... —comenté—. Nosotros somos colombianos.

El mexicano habló de sus impresiones sobre varias visitas que había hecho a Cartagena y se deshizo en alabanzas al café y a las esmeraldas de Colombia.

—A propósito —dijo—, yo negocio con plata: llevo filigranas a Japón y de allí traigo perlas a México.

Le correspondí al mexicano pidiendo otra tanda de tragos mientras el avión se deslizaba como sobre una pradera. Mi mujer recorrió la persiana de la ventanilla y cerró los ojos para apartar de ellos el sol. El hombre quebró el silencio:

—¿Se quedan también en Tokio?

—Pararemos allí unos días, pero nuestro destino es más allá —se quedó mirándonos y no tuve más remedio que sacarlo de dudas—: Vamos para Pekín.

Comprendí que las once horas de vuelo que nos esperaban al mexicano y a mí eran demasiado tiempo para que cada cual no esculcara en la vida del otro. «Además —me dije—, no tengo nada que ocultar». Le revelé:

—Pensamos permanecer allí dos años trabajando... —decidido a echarle de un tirón la historia, agregué—: Soy periodista, y mi mujer, profesora. Nuestro trabajo consistirá en enseñar castellano en un instituto de idiomas.

Señalando con la mirada a nuestros dos pequeños hijos, el viajero preguntó:

—¿Hay allí escuelas en un idioma cristiano donde estudien sus pequeños?

—¡Ni idea! —le respondí.

La conversación derivó hacia lo que cada cual haría una vez que el avión tocara tierra.

—Mi socio me espera en el aeropuerto de Tokio —dijo el mexicano—. Pueden ustedes venir conmigo hasta la ciudad y, si se alojan en mi hotel, una noche podríamos salir y echar una cana al aire.

Me puse en guardia, pues me habían advertido que en una sola noche de hotel en Tokio podría gastarme el dinero que tuviera

para llegar hasta Hong Kong. Pensé en cómo deshacerme del tipo, me fui hasta la cola del avión y le pedí a la azafata que me indicara un hotel económico. Ella me enseñó una larga lista de hoteles y albergues de los que no se daba casi ningún detalle. Me importaba, sobre todo, la distancia a la cual el hotel estuviera del centro de la ciudad. De pronto, en un minuto, pasamos de una luminosidad ennegrecedora a la noche total. Mi suerte estaba echada, yo era el jefe de mi tribu, y en ese desolado paisaje no tenía a nadie a quien acudir. Asia me hacía sentir un escalofrío que derivaba de sus idiomas indescifrables, de la noche sin límites, de ciudades ignoradas.

Cedí al ofrecimiento del mexicano de alojarnos en su mismo hotel. Cuando terminé de hacer nuestro registro en la recepción, fui a reunirme de nuevo con mi familia y hallé que los tres habían caído, derrumbados del sueño, sobre un largo sofá. Los desperté, les hice muecas mientras les mostraba la llave de la habitación. Tomamos el ascensor y, una vez que estuvimos dentro del cuarto, se nos espantó el sueño y nos dedicamos a esculcar en un clóset, donde hallamos quimonos y pantuflas que nos chantamos y, mientras tanto, los niños empezaron a escudriñar en las camas a ver si daban masajes como las del hotel de Anchorage.

Miré el reloj, que yo había cambiado a la hora local, y supe que, a pesar de la oscuridad, apenas comenzaba la noche. Las voces de una muchedumbre estallaron contra los vidrios de las ventanas.

«¡Hiroshima!», «¡Hiroshima!», era la única palabra reconocible de esa lengua ajena. Luego, el familiar grito de «*go home!*» retumbó contra las paredes del hotel. Me asomé por la ventana y mis ojos desvelaron de entre la niebla a una multitud que, conformada en hileras de ocho, permanecía detenida delante del semáforo en rojo. Fajas de samurái envolvían sus frentes. Al encenderse la luz amarilla en el semáforo, los manifestantes reanudaron la marcha y, poco a poco, sus gritos se hicieron inaudibles.

—¿Sí ves? —le dije a mi mujer—. Aquí hasta las protestas se sujetan a un orden.

El siguiente día de nuestra llegada a Tokio, salimos del hotel y nos encontramos de frente con una mañana luminosa y un frío que se metía en los huesos. Con las mandíbulas castañeteándoles, los niños trataban de desentumecerse azotando el suelo con los pies y apartando de sus guantes una fina escarcha que caía en esos momentos. La estación del metro más cercana estaba a la vuelta de la esquina, varios metros por encima de la calzada. Entre la calle y la estación, había un estanque de aguas quietas y, sentados sobre sus bordes, tres ancianos mantenían tensas sus cañas de pescar. Vagamos sin rumbo a lo largo de la avenida Ginza, donde se conformaba una hilera interminable de boutiques como un homenaje de los japoneses al refinado gusto de sus mujeres. En uno de los almacenes a los que entramos para matar las horas, en el momento de despedirnos, la dependiente puso en la mano de cada niño una perla, y entonces los cuatro entramos en otras joyerías con la esperanza de que el milagro se repitiera. Pero eso no ocurrió más.

Caminábamos tropezando con otros transeúntes japoneses hasta que un montón de ellos, andando en contravía de nosotros, nos obligó a quedarnos parados en un punto. De pronto nos vimos sacados del andén, y una japonesita, valiéndose de un deficiente inglés complementado con ademanes, nos indicó que debíamos pasarnos a la acera contraria. Comprendimos por fin que en Tokio los peatones caminaban sobre distintas aceras para sendas direcciones. Llegamos hasta un semáforo en rojo, donde centenares de personas se apiñaban a la espera de la luz verde. Me miraban a mí con desparpajo, solo a mí, y entonces caí en cuenta de que eran mi metro noventa de estatura y una maxi ruana colombiana los que despertaban su curiosidad. Cuando el semáforo cambió a luz de peatones, esos centenares se trasladaron en un segundo al andén opuesto, mientras lentamente sus ojos se desprendían de mí.

Una vez que emprendimos el regreso al hotel, luego de una jornada hecha la mitad a pie, fuimos reconociendo los establecimientos vecinos hasta descubrir una hilera de restaurantes donde vendían sopas de fideos con tirillas de carne o camarones

que se exhibían en las vitrinas junto con sus precios. Sin saber una palabra de japonés, le señalé con el dedo al camarero los platos que queríamos y miré su reloj, que marcaba las cuatro de la tarde en Tokio. Haciendo la conversión horaria, concluí que debían de ser las cuatro de la mañana en Colombia.

—Si comemos ahora y nos vamos al hotel, caeremos rendidos del sueño —sentenció mi mujer—. Y en la madrugada despertaremos aullando de hambre. Para irnos a la cama, debemos aguantar siquiera hasta las ocho de la noche.

Abrí los ojos con la habitación hundida aún en la penumbra y, temiendo despertar a los demás, no quise encender la lámpara. «Estamos en Japón —me dije—, en las antípodas». No tenía la más remota posibilidad de preparar un café. Me tragué el ansia de cafeína, recosté la cabeza en la almohada y vi que también mi mujer tenía los ojos abiertos. Me dijo:

—Tuve un sueño horrible, mi amor.

—Si es horrible, no me lo cuentes.

—Sí te lo voy a contar, no me gusta quedarme sola con una pesadilla —bajó la voz—. Estábamos en Bogotá, era domingo en la mañana y había llegado a cobrar la mujer que nos daba los almuerzos al fiado y, como no le abrimos, empezó a golpear la puerta mientras nos gritaba: «¡ladrones!, ¡ladrones!».

—Eso seguramente te salió del subconsciente, pues, según Freud, uno reproduce en sueños las vivencias del día —la tomé de las manos—. Recuerda que vamos para China, y eso quiere decir que para nosotros terminaron las privaciones.

Se lo dije, pero, en mi fuero interior, me preocupaba no saber casi nada de lo que nos esperaba, ignorar cuánto ganaríamos, dónde viviríamos y en qué idioma estudiarían nuestros hijos.

De pronto timbró el teléfono, que Natalia se precipitó a levantar y dejó descolgado.

—No contestes, no contestes —me rogó—. Los niños se van a despertar. ¿Quién puede llamar a estas horas?

Descolgué el teléfono y le dije a mi mujer:

—Sabes muy bien que no puede ser otro que el mexicano, y tienes celos de esas *geishas* que prometió llevarme a conocer —agregué, sonriendo.

—Dijo que también a mí me invitaría...

Mi mujer se dio vuelta en el lecho y, un minuto después, dormía de nuevo. Sentí el hambre como aguijones pinchándome el estómago y recordé que ella había guardado en su envoltorio los cuadritos de queso que nos sobraron del avión. Desenvolví uno cuidadosamente, me eché un pedazo a la boca y lo pasé con agua.

Cuando en la mañana Natalia despertó, unos minutos después de mí, miró su pequeño reloj dorado y dijo:

—Ahora, en Bogotá, están todos en casa porque es la hora de la cena y, según tú, allá es viernes mientras que aquí es sábado, un misterio que todavía no entiendo. Tampoco logro comprender que una, al venirse, envejece veinticuatro horas, las mismas que recupera en el viaje de vuelta. Pero si no vuelve, esa vejez se le queda.

—Llegará un día en que lo entiendas —la consolé.

—¿Falta mucho para que lleguemos a China? —preguntó el hijo mayor.

—Una semana o algo más —respondí—. Nuestra próxima escala es Hong Kong, donde tampoco hay consulado de China. Allí tendremos que esperar la visa, que depende del corresponsal de *Xinhua*.

—¡Hong Kong, ay, Hong Kong! Su solo nombre huele a mafia, traficantes de todo, putas... todo lo malo que uno puede imaginar —maldijo mi mujer.

—Tranquila —le señalé—, recuerda que no venimos del paraíso, sino de Bogotá, y Hong Kong no puede ser peor.

Antes de salir del hotel para el aeropuerto, puse desde allí un telegrama dirigido al corresponsal de *Xinhua* en Hong Kong.

Una hora y media después de abandonar Tokio, se encendieron las luces del avión. Estábamos sobre una inmensa masa de agua, y

un rato después, vino el oleaje, que pronto dejó visible la delgada franja gris de la pista de aterrizaje. Un sol declinante rehusaba hundirse en el horizonte.

Nos metimos por el primer corredor internacional hasta el mostrador de inmigración, donde un policía chino en uniforme inglés nos hizo salir de la fila y nos llevó a una sala aparte y me preguntó si llevaba conmigo armas, explosivos o granadas de mano. Sonreí al comprender que para los del lado británico de la isla, todo aquel que cruzaba la frontera con China Popular era considerado sospechoso de terrorismo.

Estábamos en Hong Kong, a un paso del destino final, pero una punzada en el pecho me atenazaba con la duda acerca de si el corresponsal chino había recibido el cable que le puse desde Tokio. Comprendí que, desde ese momento hasta encontrarlo, nadie podría ayudarnos.

En la sala de espera vi a un tipo de unos cuarenta años, de típicos rasgos asiáticos, que me hacía señas y que finalmente se vino en dirección a mí.

—¿Sí ves, mi amor? En todas partes hay un ángel —me dijo Natalia.

Sin que hubiéramos tenido la ocasión de cruzar una sola palabra con el desconocido, otro hombre, su acompañante, posó sus manos sobre nuestras maletas y las mantuvo allí. El primero de los dos se auto presentó:

—Yo *sel un injelto* chino-*peluano*, muy amigo de mexicanos Sentí una punzada en el miocardio.

—No somos mexicanos —le dije. Natalia me susurró al oído:

—Solo el periodista chino podría haber venido a esperarnos, pero no creo que hable español, como lo hace este.

Cuando el hombre se refirió a sus raíces peruanas, me previne: nadie del Perú tenía que ver conmigo en mi camino hacia Pekín, pero, cruzado con este palpito, sentí que aquel me arrastraba ya del brazo. Pensé que tenía que comunicarme de inmediato con el corresponsal. Para hacerlo de manera inadvertida, me escabullí pretextando que iba al sanitario, pero cuando llegué a la cabina del

teléfono público y marqué el número, sentí junto a mí al chino-peruano. Del otro lado de la línea, alguien se identificó en inglés como Cheng Feng, corresponsal de *Xinhua*. Sin embargo, todo se me volvió un embrollo cuando me dijo que no había podido ir a recibirnos porque a esa hora de la noche ya no había *ferry boat*.

—¿Cuál *ferry boat*? —le pregunté, angustiado—. *Spell me it*, deletréemelo, por favor.

Pero lo que había que deletrear era la situación geográfica, pues, como pude enterarme al día siguiente, en ese momento Cheng se encontraba en la isla de Hong Kong, y nosotros, en Kowloon, tierra firme. Ambas constituyen, junto con los nuevos territorios, el mapa de Hong Kong como un todo.

—Dele al taxista el nombre del hotel *August Moon* y alójense ahí por esta noche —dijo Cheng—. Mañana, cuando venga a la isla, veremos qué hacer.

Media hora después de abandonar el aeropuerto, dejamos atrás los extramuros del territorio y entramos en el escenario de neón de la ciudad y, aunque le di al chino-peruano el nombre del hotel recomendado por el corresponsal, su camioneta se detuvo delante de un edificio en cuyo letrero se leía *Far Eastern Hotel*. Nos registró en la oficina de recepción, actuando como si fuera el dueño de nosotros. Sentí rabia de que me hubiera cambiado el hotel, pero me contuve, sabiendo que estábamos en sus manos.

Desperté en la habitación del hotel con el ruido del periódico deslizándose por el resquicio de la puerta. Me titilaron en los ojos los titulares de la primera plana con sus fatídicas noticias de personas asesinadas y de asaltos en las calles del centro y el sur de la ciudad, hacia la Isla de los Pescadores. Me iba a meter al baño cuando sonó el timbre de la puerta, abrí y me encontré de frente con los mismos mofletes y los ojos de salamandra del *Injerto*. Mi primer impulso fue aventarle la puerta en las narices, pero el hombre me lo impidió atravesando su cuerpo.

—Tranquilo —me dijo—, soy persona de amigos y quiero acompañarlos a desayunar.

No tuve más remedio que decirle:

—Espéreme ahí afuerita, vengo en cosa de minutos.

Me duché a toda prisa, les dije a mis hijos y a Natalia:

—No vayan a salir, pues me voy con el *Injerto* a ver qué coños quiere de nosotros, y después, vengo por ustedes.

Una vez que estuvimos dentro del ascensor, el desconocido armó una conversación sobre una cantidad de sudamericanos que habían estado en Hong Kong, entre ellos, algunos dueños de petroleras, y así me llevó hasta la mesa que ocupamos en el centro del gran comedor. Ya con la servilleta en los labios, me levanté, y cuando el sujeto quiso seguirme, yo, desbordado por la impaciencia, lo enfrenté:

—Mire, amigo, yo ni soy mexicano ni tengo acciones en ninguna petrolera, pero dígame qué es lo que quiere de mí porque estoy hasta aquí de usted —me llevé la mano a la garganta—. Por toda respuesta, aquel me entregó una tarjeta de presentación en que ofrecía todos los servicios posibles: confección de trajes en doce horas, excursión al Pico Victoria, adquisición de perlas cultivadas y piezas de jade, etc.

—¡Ah! —respiré con alivio—. ¡Me lo hubiera dicho antes!

El ferry que lo llevaba a uno de la punta del territorio continental a la isla se dividía en dos clases. En el piso de abajo, junto a las máquinas, se apiñaban los pasajeros que tenían tiquetes de segunda, y arriba, iban funcionarios chinos e ingleses, turistas y comerciantes adinerados que vivían en Kowloon. Compramos boletos de primera clase para poder ver mejor el cruce del brazo de mar, con las hélices del remolque levantando olas, acercándonos como en cámara lenta a la isla, mientras, frente a nosotros, las colinas y los rascacielos parecían emerger de las aguas. Era Hong Kong, como un inmenso iceberg de cemento multicolor encaramado sobre la bahía.

Era febrero. Me sentí agradecido cuando el corresponsal nos hizo entrar a una sala con calefactores adosados a las paredes y una muchacha vestida de *qipao*² vino trayendo té.

Cheng Feng dijo:

2 Traje femenino tradicional de falda en brocado con dos largas aberturas a ambos lados.